

Un poco más allá del Sentido Común

Mijaíl Málishev*

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

Correo electrónico: mijailmalychev@yahoo.com.mx

Ilustración: Bettina Montes de Oca Corral

Correo electrónico: ragnarook9@hotmail.com

En nuestro tiempo acelerado, algunos libros se envejecen mucho antes que se jubilen sus autores.

Si estás jubilado y no sabes cómo gastar el tiempo sin gastar dinero, compra una pistola y vive despreocupado, hasta que terminen tus ahorros.

El azar es imprevisible, pero, al desbaratar nuestros planes, no rebasa los límites de lo posible.

Para hacer la vida menos complicada, el hombre desde tiempos remotos ha intentado separar lo deseable de lo necesario. Pero, este experimento falló. Y sin embargo, el problema planteado por Epicuro hoy en día es un imperativo para la sobrevivencia de la humanidad.

Sólo en los alrededores del futuro bulle una actividad febril, mientras que el presente es un tiempo moribundo que los archivistas y los museólogos empiezan a “embalsamar” para las futuras generaciones.

Cada ser humano, si no es víctima de algún accidente, es asesino potencial de sí mismo.

Según las creencias de algunas sectas religiosas, la vida es sólo la expiación,

gota por gota, del instante de la concepción pecaminosa del hombre que se atrevió a aparecer en este mundo.

Somos prototipos de descendientes desconocidos que pronto nos percibirán como precursores arcaicos.

Esclavo de la conciencia pragmática, el hombre contemporáneo descansa sólo para recuperar sus fuerzas físicas o mentales sin dejar de pensar en las tareas dictadas por sus innumerables roles sociales. Y cuando no hace nada se alarma por “despilfarrar” el tiempo, en lugar de usarlo en función de las





exigencias de sus preocupaciones inacabables.

Los ancianos vetustos son exiliados de la época anterior en la contemporaneidad. Algunos pueden servir como objetos vivos expuestos en los museos antropológicos y otros, exagerando sus méritos, continúan ejerciendo sus oficios e impiden que los jóvenes ocupen sus plazas laborales.

El futuro es paradójico porque sus promesas son impredecibles, el presente es irónico porque nunca es lo que quisiéramos que sea y el pasado es engañoso porque sus profecías casi siempre nos decepcionan.

Sacar un boleto perdedor en la lotería de la vida equivale a no nacer y sacar un boleto ganador no significa obtener fortuna: al “ganador”. Frecuentemente, le espera una existencia lamentable que, sin embargo, él agradece porque toma en consideración la otra alternativa.

A veces la fortuna le sonreía, pero no para darle un poco más de felicidad, sino para comprobar su sentido del humor.

Murió como vivió: nadie observó su desaparición, excepto un perro vagabundo a quien le daba de comer.

El historiador es un pequeño dios: aunque no tiene la posibilidad de transformar el pasado, puede, por

lo menos, modificar los motivos de conducta o la reputación de sus protagonistas.

Según Cioran, quien no se ha entregado a la voluptuosidad de la angustia, quien no ha saboreado en su imaginación los peligros de su propia extinción, nunca se curará del espanto de la idea de su propio fin; mientras que quien medita sobre sus futuras cenizas y se revuelca en la podredumbre de lo que inevitablemente le espera, ese mirará al pasado de su futuro, se inmunizará de la pesadilla de su destino y de la tentación de saldar las últimas cuentas con su vida miserable, pero, a la vez, única e irrepetible.

El pasado no enseña nada, pero le aconseja al futuro que castigue a quienes ignoren sus lecciones.

La vida productiva es muy corta para acumular suficientes recursos, y la pensión es demasiado raquítica para disfrutar una vejez despreocupada sin realizar las tareas que otros podrían hacer a costa del dinero ahorrado.

Vivir es afanarse por ser alguien, por ser reconocido; sobrevivir es fatigarse para no morir. Así que lo que nos ayuda a sobrevivir puede perjudicarnos a vivir.

“Todo pasa” es un consuelo que alivia nuestro dolor, pues la vida es fútil para todos —ricos y pobres, felices y desdichados— y, a la vez, es una aterradora amenaza del exterminio de lo único que todos tenemos: nuestro irrepetible, aunque desgraciado “yo”.

Cada instante lo vivimos sólo una vez sin poder reiterarlo o confirmarlo. La asimetría y unilateralidad del tiempo confiere a cada momento algo único y

singular: un instante es hermoso y a la vez triste porque entendemos que sólo podemos repetirlo como un recuerdo en nuestra memoria.

Al resaltar lo acontecido, olvidamos que el devenir introduce en la narración sobre el pasado el dramatismo virtual de las posibilidades no realizadas.

La obsesión por encontrar las últimas fronteras, en las cuales el espíritu se remonta a problemas cada vez más vastos, está preñada de esterilidad: la razón da razones sólo de aquello que acaece en el ámbito de lo real, pero más allá de esto, el pensamiento corre el riesgo de perderse en la obscuridad de lo inasequible.

A la historia la falsifican en doble sentido: en los documentos oficiales donde se mencionan sólo los hechos positivos que enaltecen al poder, y en los documentos escritos por aquellos que no fueron testigos y cuyo relato tergiversa los acontecimientos que sucedieron tiempo atrás.

La muerte es mentirosa: finge ser enigmática y misteriosa, pero, en realidad, es un refugio de la nada. La amenaza de la muerte, como una parte inalienable de la existencia humana, es más efectiva, porque es un regulador universal de la vida en común.

Cada uno, de vez en cuando, “viaja” en su imaginación por el tiempo: transita al pasado antes de su nacimiento o visita al futuro en que nunca aparecerá y reproduce, involuntariamente, las preguntas que hace siglos planteó Pascal: “¿Me asombro de verme aquí y no allí porque no existe ninguna razón de estar aquí y no allí, ahora y no en otro tiempo? ¿Quién me ha

puesto aquí? ¿Por orden y voluntad de quién este lugar y este tiempo han sido destinados a mí?” La única respuesta a esta interrogante es el azar que utilizó el encuentro amoroso de mis padres, en el cual un sólo espermatozoide rebasó a cientos de millones de rivales y penetró en el óvulo y formó una célula fecundada, precursora remota de mi “yo”, único e irrepetible.

La eternidad es una manía de la grandeza del instante; un “presente congelado” que no precede al futuro ni emana del pasado.

La vida es maestra porque permanentemente nos interroga, aunque explica el sentido de sus lecciones con claridad sólo en el pluscuamperfecto.

Cómo pasa el tiempo: cuando empecé a escribir aforismos mis coetáneos luchaban contra la calvicie y mis coetáneas estaban en las filas para hacerse cirugías estéticas, y ahora cuando terminé mi último libro ya se ríen de su afán de rejuvenecer.

Antes de mi aparición en el ser, no tuve la idea de lo que es vivir la vida. El nacimiento me convirtió en testigo de mi propia existencia incrustada en una pequeña parcela del espacio y del tiempo. Quizás, el destino no me preparó las mejores condiciones para mi ser, pero qué significa esa desgracia en comparación con el privilegio de estar instalado en este mundo. Y aunque la idea del suicidio de vez en cuando me tienta, la idea de mi existencia singular me impide acelerar mi regreso prematuro a la nada. La experiencia de la vida que tuve que adoptar me retiene y me infunde el temor de perderla. Incluso ella me hace sentir como un suertudo, recordando miles y miles de millones de mis semejantes quienes no

han nacido, aunque hubieran podido ser habitante de este mundo.

Cuando recuerdo tantos seres queridos que abandonaron este mundo, siento una aflicción inconsolable, sobre todo por los que se fueron tempranamente. No obstante, mi compasión tiene sus matices: los muertos ya han resuelto todos sus problemas, en tanto que los vivientes tenemos que afrontarlos.

Todos somos capaces de imaginar un tiempo antes de nuestro nacer. Quizá, por eso miramos las imágenes de nuestros antepasados con curiosidad y pensamos: enfrentaron sus problemas y ahora descansan en paz obligándonos a continuar sus causas que asumimos y que, quizás, heredaremos a nuestros descendientes.

De vez en cuando nos preguntamos: ¿Para qué vivimos? Al no encontrar ninguna respuesta satisfactoria, decimos: somos esclavos del ser. Si no fuera así, ¿cómo podríamos soportar tantos acontecimientos absurdos y no convertirnos en idiotas?

El combate contra la inminencia de la muerte le otorga la osadía a nuestra derrota.

Lo virtual es como la sonrisa fantasmal del gato de Chesire que físicamente está ausente. Según Cioran, la ventaja de lo virtual es tan evidente que no nos deja de provocar el asombro: ¿Cómo ha podido surgir su antípoda: el ser?

Aunque el hombre apareció imperceptiblemente en el mundo, su permanencia está marcada con mucho ruido. Para aliviar el destino del homo neuróticos, quizá, pronto van a comercializar el silencio tanto al menudeo como al mayoreo

